

CAPÍTULO I

¡¡HÍJUELA!!

¡Híjuela!, dice la mayoría, o se quedan callados sin saber qué decir, como si les hubieran dado un talegazo en plena jeta. Pero esa es la cruda, monda y lironda verdad, y la gente se asusta simplemente porque está como escondida o ignorada, aunque todos la hayan tenido frente a sus narices. Tal vez lo que pasa es que a nadie le importa, y a los que les importa no tienen suficiente fuerza para hacerse oír. Otra posibilidad es que todos estén acostumbrados y todo esto les parezca natural, cotidiano, y hasta hagan chistes. Ya sé, usted me dirá que a lo mejor los chistes son una válvula de escape para darle salida a tanta presión. Esa es la versión freudiana, la que piensa que todos están atormentados pero no saben cómo escapar de la situación y por eso buscan salidas de ese tipo. Hay otras posibilidades que no sé si se le han ocurrido, señor, como que en un país como Guatemala, todo hecho lata, la gente olvida el valor de la vida. Es decir, que ya nada asusta a nadie. ¿Había pensado en eso? Para que vea que hay más posibilidades de explicación de las

que usted se imagina. Pero si todos estuvieran tan acostumbrados, ¿por qué hay quienes se sienten desgarrados? No se le había ocurrido. En fin, señor, todo queda en el terreno de lo hipotético, de la especulación, de la metafísica si usted quiere, y poco nos ayuda en las actuales circunstancias porque a nadie le interesan un comino ni las preguntas ni las posibles respuestas. Tal vez por eso tenemos la suerte que tenemos y nos merecemos el destino que nos ha tocado en suerte. Ya me puse trágico, pero es que, como puede usted darse cuenta, señor, todo lo va empujando a uno hacia eso. Puede ser que parezcamos una tribu de monos enloquecidos pero ni modo, señor, uno con los años se acostumbra. En este país, estar metido en donde estoy es como ser criptógrafo en el polo norte o como ser un niño en una crujía de pedófilos. Si te vejan una vez, te duele; si te vejan muchas veces te vas acostumbrando. Si se burlan de usted, señor, puede ser que se subleve, pero si se burlan de usted muy seguido, todos los días, digamos, al final termina acostumbrándose. Si su jefe es corrupto, y usted ve que todos los días obtiene pingües beneficios al cabo se acostumbra y, a lo mejor, se le pega la costumbre. Esto también es una hipótesis, una idea pasajera que puede ser cierta o parcialmente cierta, ya usted calibrará. Viera que hay hipótesis en las que hasta podemos salir bien parados, señor. Por ejemplo, fijese en esta: el comportamiento civilizado no sería sino un envoltorio, ostentoso y atractivo, pero envoltorio al fin, que cubre las impudicias de una animalidad de la que no habríamos escapado nunca. La civilidad sería hipocresía, doble faz, engaño, y una existencia

sin artificios, natural, digamos, sería próxima a la nuestra. ¿Qué le parece? Puede ser que me haya extralimitado un poco, pero estar aquí metido todo el día haciendo un trabajo que es en mucho mecánico le va haciendo pensar a uno muchas cosas. Todo esto que nos rodea es el pasado, pero quién puede negar que también sea el presente, Hay muchos que no quieren ver el pasado porque evidencia sus límites, sus engaños, lo que hicieron o lo que dejaron de hacer. Otros tienen pereza de entender, o tienen miedo, puede ser señor, no lo niego, tienen pereza o miedo de meterse a bucear en el horror y la mierda. Hay quienes cambiaron con el tiempo y quieren cerrar los ojos para que su conciencia no los juzgue, se temen a sí mismos. Y están los que bajaron la cortina porque el ayer los sobrepasa, los ahoga, los esquilma y los arroja a la esquina del cuadrilátero en el que se tira la toalla. No pueden con lo que ellos mismos llevan dentro y entonces cierran los ojos que ven hacia adentro y dejan abiertos solo los que miran hacia fuera, hacia el exterior de las cosas. Ya ve, señor, que uno puede especular mucho, sobre todo en un país como el mío, tan dado a explorar poco las cosas importantes, a dejar tirado en el camino, como restos de un naufragio, lo que ya fue. Parecemos una tropa desbocada que arrasa todo lo que está a su paso sin detenerse a ver lo que va dejando atrás. Babeamos y respiramos hondo azorados de tanto caminar y empujarnos, nos aturullamos de pasto y vomitamos sobre nosotros mismos y los que están cerca y no nos detenemos, azorados como estamos en seguir adelante aunque no sabemos a dónde vamos. En medio de esa debacle permanente cualquiera

puede levantarse sobre la manada y decir una o dos sandeces que suenen a profundidades filosóficas. No es muy común que esto suceda porque a la mayoría no le importa. Pero sucede. La verdad es que lo más frecuente es el cinismo y la prepotencia de quienes si no fuera por las circunstancias solo serían unos comemierdas que pasarían desapercibidos. Todo eso lo pienso mientras estoy aquí sentado en este hoyo en donde se apilan los rimeros de fichas y documentos en los que aparecen los rostros fotografiados, los datos, las señas, los rastros de los movimientos de todos aquellos que fueron rastreados por los ojos escrutadores de quienes solo eran buenos para eso, para controlar al prójimo, señor. Para eso sí supieron organizarse. Fue para lo único porque en todo lo demás el país naufragaba igual que ahora. Ellos, dueños de su finca, caporales y mandaderos no pueden soportar el más leve resuello de los agachados porque montan en cólera y no piensan sino en disciplinarlos. Nada de épica tiene su tarea y sus huellas quedan enterradas en hoyos escondidos en los montes y los cuarteles o en cuartos oscuros como este.